

Cernuda y su dulce prosa atormentada

Juan Coronado

Luis Cernuda nunca quiso pertenecer ni a un tiempo ni a un espacio determinados. La realidad se empeñaba en situarlo en tiempos y espacios que sistemáticamente rechazaba. El deseo, en cambio, le permitía situarse a sí mismo en tiempos y espacios conformados por la propia voluntad. La tensión entre estos dos extremos fue confabulando su manera de existir en el mundo. En este sentido, su producción poética quedó encerrada en el título que abarca toda su escritura: *La realidad y el deseo*. Nunca escribió una sola palabra que escapara a este encierro, a esta condena o a esta libertad, a esta gloria, lo que finalmente es lo mismo. En el espacio, la realidad lo apartó de Sevilla y nunca se curó la herida. En el tiempo, el deseo lo fue situando donde dolía menos el olvido, es decir, en el tiempo sin tiempo de la poesía. La poesía conjuga tiempo y espacio y por acción directa del deseo construye la casa donde con mayor holgura puede vivir el poeta Cernuda: su poesía. No es verdad que nació en Sevilla en 1902. Y ciertamente tampoco pertenece a la Generación del 27 ni a ninguna otra. El joven Cernuda construyó su domicilio en el caracol que formó su propia saliva: la poesía. ¿Lo tocaron las corrientes estéticas de su momento? Tal vez. Pero al final su deseo lo llevó siempre por un camino estético que él mismo edificó: un romanticismo hecho a su medida, como buen dandi que siempre fue.

Como muchos de los poetas románticos, quiso a momentos hablar en prosa. Y a ese tono de su voz me quiero referir en estas páginas. Se dice que los románticos del siglo XIX inventaron ese género mixto que llaman prosa poética. Luis Cernuda es un poeta, poeta por todos los ángulos; poeta con aire de condena, poeta con aire de libertad. Cuando decide hablar en prosa no puede dejar atrás su aliento de poeta. Su libro *Ocnos* es poesía prosificada. Sus *Variaciones sobre tema mexicano* son prosas con fuerte aliento poético. Y en fin, sus *Tres narraciones* que, aunque tienen el aire de ese otro género, no se apartan nunca de lo poético. La manera como Cernuda concibe el mundo es siempre la estructura anímica y mental de un poeta. En estos tres libros que he mencionado se prueba claramente esta afirmación. El grado de “poeticidad” de esos textos es variable; mayor en *Ocnos* y menor en las *Tres narraciones*. Incluso en este último libro existen grados en los textos que lo conforman: “El viento en la colina”, “El indolente” y “El sarao”. Este último relato es el que está conformado con mayor carga en la estructura narrativa, sin abandonar, por supuesto, la calidad poética. “El sarao” es una auténtica

novela corta, un texto brillantísimo muy poco frecuentado por la crítica. Hay en ese relato el mismo aire de familia de “noveletas” como *Las olas*, de Virginia Woolf; *Sinfonía pastoral*, de Gide; *Muerte en Venecia*, de Mann; *Novela como nube*, de Owen; *Margarita de niebla*, de Torres Bodet, o *Dama de corazones*, de Villaurrutia.

“El sarao” es un texto narrativo envuelto en una atmósfera poética. Tiene la dulzura y suavidad de un texto trabajado con parsimonia de artesano y al mismo tiempo la calidad tormentosa de la mano de un poeta romántico y maldito, o maldito y romántico, lo mismo da. Bécquer y Baudelaire se dan la mano en las páginas de este relato.

76

La escritura cernudiana alcanza aquí una suavidad y una dulzura pasmosas. Se diría que estamos frente al romántico de más pura cepa. Pero debajo de esta cáscara escritural descubrimos los más oscuros tormentos de los escritores malditos. La cara serena del lago no deja ver con facilidad las turbulencias del fondo. En la poesía, Cernuda deja ver con mayor desnudez sus retorcimientos existenciales, su vocación de poeta romántico, y léase aquí como “romántico”, atormentado. Una de las peculiaridades del escritor romántico es su concepción de sí mismo como una especie de héroe que sufre la existencia y la desnuda en sus escritos; el “ser real” y el “ser escritor” están ineludiblemente conjugados en sus tareas de vivir y escribir. Cernuda nunca deja atrás el matiz biográfico en sus escritos. Obra es vida y vida es obra en la estructura mental de escritores de esta especie.

El tema central de “El sarao” (1942) es el amor o, más específicamente, el amor roto por la guerra, por la muerte o simplemente por la fatalidad. Lotario y Diana se aman en cuerpo y alma; los separa la guerra momentáneamente y la muerte finalmente. Diana abandonada vuelve a encontrar el amor. Dentro de esta estructura tan simple se mueven curvas mucho más complicadas. ¿Por qué muere tan repentinamente Lotario cuando va a caballo acompañado por el joven Gabriel? Todo el texto está sembrado de ambigüedades; es como un campo minado donde hay que pisar con suavidad si no se quiere caer fulminado.

Resulta ser que el relato es la historia de una palabra, como lo dice el escritor en un texto que introduce el relato:

La palabra colocada al frente de estas páginas hace largos años que preocupa mi fantasía. Siempre he evocado, al oírla, algo fastuoso, ardiente y remoto, que brillaba como diamante escondido entre los bucles de una cabellera o susurraba como rumor de seda que se desliza nocturnamente sobre escalinatas de mármol.

¿No parece el tono de esta cita salida de los labios de un romántico, de un modernista o de un escritor decadentista? Muy fin del siglo XIX parecen estas

voces que se escriben ya más de cuarenta años nacido el siglo XX. ¿Por qué se aferra Cernuda a ese estilo viejo si ya aprendió todas las tretas nuevas de los movimientos de la Vanguardia? ¿Será por su renuncia al tiempo y al espacio de que hablábamos unos renglones atrás? ¿Su voluntad de estilo lo lleva a renunciar a la corriente estética que le ofrece el presente? Nada quiere saber del “aquí y ahora” y se lanza a lo remoto. Y no es una evasión romántica la que practica, pues el texto representa un fuerte compromiso con su “yo” más íntimo. El motor de todo es la palabra misma, como lo dicen su voz. El relato es eso, un *sarao* (con todo el sabor portugués de la palabra) “una reunión nocturna de personas de distinción, para divertirse con baile o música”, como reza el diccionario. Y así es el relato: crepuscular, de medios tonos, de una alegría de vivir sin estridencias; elegante, divertido,ailable y musical; con pequeños gritos en sordina y azules melancolías.

77

A cada momento encontramos dentro del texto pequeños autorretratos: “Lotario nunca hallaría su propia época: era un alma sin tiempo, condenada a vivir entre desconocidos y a ser él mismo para los demás un desconocido”.

La historia avanza y está siempre en el mismo lugar y esto le da su calidad de narrativa y de poesía al mismo tiempo. La tensión la realizan los polos opuestos hermanados, prosa y poesía. Prosa poética es lo que desfila frente a nuestros ojos en “El sarao”, como poesía prosaica es lo que danza en muchos de los versos de Cernuda.

A nadie le va mejor que a Cernuda la etiqueta de “poeta de la soledad”. Se aleja conscientemente de los escritores de su generación, la del 27; se aleja de los Contemporáneos, con quienes hubiera podido estar hombro con hombro en las luchas vitales y estéticas. Voluntariamente se acerca al romanticismo para que no lo enlode el presente. En otro espacio estético se siente a sus anchas, en ese espacio que eligió y no en el que el tiempo le había designado.

Su romanticismo estético y su dandismo vital son las dos caras de la misma moneda. Dice en “El indolente”, otra de sus narraciones: “el dandismo no sería sino una forma entre otras de aspirar a la soledad ascética del yermo”.

Luis Cernuda, el hombre de carne y hueso, fue un dandi, un vividor hastiado de la vida. Luis Cernuda, el hombre de papel y tinta, fue un romántico, un hacedor de su propia cara estética.